

Sanando heridas

Nathalie Castañeda



A photograph of a man and a woman embracing in a field of tall grass. The man is wearing a dark tank top and jeans, and the woman is wearing a light-colored top and jeans. They are both smiling and looking at each other. The background is a soft, golden glow, suggesting a sunset or sunrise. The overall mood is romantic and healing.

SANANDO HERIDAS

NAT CASTAÑEDA

Capítulo 1

SANANDO HERIDAS

Sinopsis

La conocí una tarde de verano. Ella con un vestido de flores y unas sandalias de tiras, con sus ojos cafés claros y una sonrisa traviesa, con una melena larga que ondeaba según los designios de la suave brisa. Era la hermana de uno de mis amigos con los que jugaba fútbol. Para mí, era la niña más hermosa que había visto en mi vida; estaba embobado con ella desde esa primera vez, sobre todo cuando era el merecedor de tan lindas sonrisas, pero no era digno de ella. Ella estaba prohibida. No porque fuera una política de amigos, no porque ella fuera apenas 2 años menor que yo. No, era porque no podía arrastras a una niña tan dulce e ingenua al infierno en el que yo vivía, mi propio infierno personal.

Capítulo 1

Mi nombre es Maximiliano, tengo 25 años y acabo de casarme con la única mujer que logró romper cada uno de mis muros, que logró encontrar el camino hacia mi corazón. Pero, sobre todo, que fue mi apoyo y uno de mis principales motivos para no darme por vencido, para seguir en esta lucha, para seguir vivo. Pero antes de mi final feliz voy a contarles desde el principio para que me entiendan mejor.

Nací y me crie dentro de una familia con una buena condición económica. Dos padres, un hermano mayor, una casa confortable, un buen vecindario. Hasta ahí todo bien. Ha medida que crecí todo seguía bien, al menos desde mi punto de vista; mis padres seguían juntos, aunque ambos trabajaban; era mi hermano quien solía cuidar de mí. Tengo más recuerdos con él que con mis padres. Cuando era mi cumpleaños ambos se hacían presentes con regalos para contentarme. A la edad de 5 años una vida como la mía no estaba mal; nunca tuve una nana. La nana fue mi hermano hasta que tuve 10 años, entonces él se rebeló, entonces la venda cayó de mis ojos.

Cuando yo tenía 10 años mi hermano tenía 16; estaba en la etapa de la adolescencia y como cualquier adolescente quería ir de fiesta con sus amigos, salir con chicas o simplemente haraganear en casa; el obstáculo, yo. Cuando digo que mi hermano era mi nana, no miento. Me cambiaba los pañales, me hacía los biberones, se levantaba a cuidarme y hacerme dormir por las noches, me entretenía. Cuando crecí me daba de comer, me explicaba las tareas, me llevaba y recogía del jardín, y también pagaba los platos rotos por mí. Así que cuando cumplió 16 decidió poner

un fin a esa situación.

Se escapó de casa una noche para ir a una fiesta y me dejó en casa solo, encerrado. Mi padre trabajaba de vigilante y mi madre de recepcionista en un condominio y justo por esas fechas ambos tenían turno noche. Mi hermano ni siquiera me dio de cenar, me dejó viendo una película en mi recámara y ya. Así que cuando fui para preguntarle por la cena, no encontré a nadie. Como niño de 10 años y un poco temeroso de la oscuridad y soledad, lo busqué por toda la casa, pero no lo encontré. Pasada la media noche y con el sonido de los coches fuera de mi ventana me acurruqué en mi cama y solté algunas lágrimas hasta que me quedé dormido. Cuando desperté escuché gritos, curioso me dirigí hacia la cocina. Encontré a mamá y a papá parados frente a mi hermano, él con una expresión fatal y tenía una mejilla enrojecida. Entonces su mirada chocó con la mía y conocí por primera vez lo que era el desprecio.

—Todo esto es tu maldita culpa, mocoso del demonio—dijo con furia—. Pero se acabó me entendiste, estoy harto de ti, harto—abrí los ojos en sorpresa al ver el odio en su mirada y sus manos echas puños a sus costados.

—Cállate la boca, tu hermano no tiene la culpa de tus estupideces—atacó mi madre.

—¿Estupideces? —preguntó con amargura—. Estúpidos ustedes. Todos me tienen cansado. No sé para qué quedaste embarazada sino te ibas a ser cargo de tu hijo. ¡Joder, acaso yo lo parí! —el golpe llegó tan veloz como un rayo.

—No me vuelvas a hablar de ese modo André. Eres un atrevido, un malcriado, un...

—¿Un qué? Sigue. Vamos mamá, no te detengas. Pero déjame aclararte una cosa, yo no te pedí nacer, yo no te obligue a casarte, a abrirte de piernas—otro golpe llegó, esta vez de mi padre.

—Cállate la puta boca, no le hables así a tu madre—ordenó— ¿Quién miércoles te has creído? Mocoso irrespetuoso, pero yo te voy a enseñar a respetar—mi padre empezó a sacar su correa.

Yo no sabía qué hacer *¿Qué podía hacer?* Le tenía miedo a mi padre; si bien es cierto nunca me había pegado, no quería tentar mi suerte. Pero tampoco quería que le hagan daño a mi hermano, porque a pesar de lo que él me dijo, yo lo amaba. Era padre y madre para mí. Así que respiré profundo y di un paso vacilante.

—Papá—él ni siquiera se dio la vuelta.

—Vete a tu cuarto Maximiliano.

—Pero...

—¡Lárgate de aquí! —gritó.

—No le hables así al niño Carlos—reclamó mi madre.

—Llévatelo de aquí Marina, André y yo tenemos cosas que arreglar—mi madre vino y me obligó a darme la vuelta.

—Por favor mamá no permitas que mi padre le pegue. Por favor—rogué.

—Eso es algo entre tu padre y él. Tu hermano está muy malcriado y debe aprender. Dejarte solo toda la noche e irse de parranda.

—¿Tu padre te pegó alguna vez? —pregunté. Ella me miró y negó con la cabeza. Suspiró.

—Voy a salvar el trasero de tu hermano por esta vez. Aunque no se lo merezca—asentí y callé; sin embargo, me abstuve de recordarle que mi hermano no era mi madre y no estaba obligado a cuidarme.

Mi hermano no probó bocado durante todo el día, ni tampoco salió de su habitación. Mi madre tenía toda la mañana y tarde libre así que estuve con ella.

—André, André, ven aquí.

—¿Qué quieres? —mi hermano apareció todo desafiante.

—Me voy a trabajar, cuida de tu hermano. Tu padre se acaba de ir. Pórtate bien André, porque a la próxima voy a dejar que tu padre se haga cargo.

—Como si te importara.

—Nada de estupideces André, lo advierto.

—Algo más, jefa. Desea que le lave los platos o le lustre los zapatos. Soy más tu esclavo que tu hijo. Y hoy no me has dado de comer. La esclavitud se abolió hace mucho.

—Esa boca no te va a llevar a nada bueno André. Aprende a

controlarla—mi hermano solo bufó.

Mamá nos dio un beso de despedida y se fue. Sin más que hablar me metí a mi habitación y encendí la televisión. Unas horas después mi hermano apareció vestido y perfumado.

—Ahí te dejo un pedazo de pizza. Cómetelo, te encierras y te pones a mirar la tele. Vuelvo antes de que vengan los abusadores.

—André mamá dijo que...—empecé.

—Mamá puede decir todo lo que quiere. Tú no vas a abrir la boca y yo tampoco. Haz lo que te digo.

—¿Por qué no te quedas y ves películas conmigo? —sugerí.

—Ya no tienes 5 años Max y yo estoy harto de ser tu niñoero.

—Pero soy tu hermano...

—Nunca pedí ser el tuyo. Eres algo que me impusieron y algo de lo que pienso desligarme.

—Pero...

—Tienes 10 años Max, abre los ojos. Las cosas no son lo que crees. Papá y mamá viven sus vidas como quieren y se acuerdan de nosotros cuando la conciencia les remuerde. Mamá no fue tan mala madre siempre, pero desde que llegaste las cosas cambiaron.

—Yo no pedí nacer.

—Bueno yo tampoco fíjate, pero estamos aquí y te aguantas. Aprende a valerte solo Max, porque yo no voy a estar contigo toda la vida.

—Lo que dijiste de mí en la mañana...

—No es del todo mentira. Estoy harto de ti. Siempre que algo va mal contigo, la culpa es mía. Yo no te parí Max y sinceramente si no estuvieras aquí las cosas serían más fáciles para mí. Eres un estorbo.

Y con eso salió de mi habitación y de nuestra casa. No dormí en toda la noche; es increíble con qué facilidad los malos recuerdos se graban en tu mente y se niegan a perderse. Lo que mi hermano me dijo quedó tan arraigado que lo llevé conmigo durante gran parte de mi adolescencia. Desde ese momento intenté de todo por no ser un estorbo para él,

aunque las cosas no siempre eran fáciles.

Capítulo 2

Las peleas en casa se volvieron constantes; mi hermano cada día era más rebelde, discutía con mis padres y estos siempre terminaban cacheteándolo. A pesar de ello, mi hermano no se amedrentaba y les reclamaba; muchas veces estaba totalmente de acuerdo con él, pero me quedaba callado.

Siempre fui callado desde pequeño, poco propenso a confiar en las personas, a contarles mis cosas, peor aún mis problemas. Tenía amigos, pero no nos unía lazos tan fuertes como para contarles mis problemas familiares. Mi familia poco a poco empezó a derrumbarse. Cuando cumplí los 12 ya no solo peleaban mis padres con mi hermano, ahora peleaban entre mis padres.

Fue una etapa difícil enterarnos de que mi padre tenía una amante, mi madre lo botó de la casa no sin antes decirle sus verdades y golpearlo con la sartén. Nunca volví a verlo, él solo se limitó a mandar dinero hasta que yo cumplí la mayoría de edad. Un golpe más duro aun fue cuando mi hermano huyó de casa y solo dejó una carta, donde explicaba muy claramente que yo había sido la maldición de mi familia y que se iba porque estaba harto de esta vida y de nosotros. Me dolió, mucho. Lloré, lloré escondido bajo las sabanas. *La maldición, la maldición*, se repetía en mi cabeza. Yo había sido *la maldición*.

Lo primero que pensé fue en irme de casa, pero apenas tenía 12 años y aunque tenía ahorros no me durarían toda una vida. Pensé en irme con mis abuelos, pero ellos tampoco podrían mantenerme y yo no quería ser una carga. No, debía soportar aquí, soportar hasta que tuviera la mayoría de edad y entonces decidiría mi destino.

Lo malo de toda esta situación, empecé a comer sin control. Comía a todas horas, sobre todo comida chatarra y si no fuera porque era alto hubiera parecido una bolita de grasa. Mi madre me mandó a ver a mis abuelos durante la temporada de verano, al menos ahí me sentía un poco en paz. El calor familiar que me brindaban mis abuelos, mis tíos, mis primos. Tenía una mejor alimentación. Para ser totalmente sinceros; desde lo sucedido con mi padre y mi hermano, mamá olvido que aún le quedaba un hijo. Me dejaba dinero para comer, me compraba ropa, pagaba mis gastos y ya. No volví a recibir un abrazo ni un beso en mucho tiempo. Volcó su dolor en su trabajo y yo quedé en el aire.

Cuando estaba en tercero de secundaria ya estaba subido de peso, entonces el bullying empezó. No solo de parte de mis compañeros de

clase, sino también de mi propia madre. Eso fue lo que dolió más.

—Mírate, ¿acaso no te da vergüenza? Estas gordísimo—me dijo una tarde mientras hacia mi tarea—. Tu vida es tragar, tragar y tragar. No haces otra cosa.

—Mamá...

—Estás un completo chanco. Sabes qué, no me interesa, haz lo que quieras. Pero eso si te digo, como sigas comiendo de esa manera vas a necesitar ropa más grande y ya te irás a buscar al miserable de tu padre para que te envíe más dinero. La ropa grande cuesta más.

—Pero no estoy tan gordo.

—Ay hijito, que ciego eres. Estás un chanco, un chanco. Me da vergüenza andar contigo. Y justo que tengo una cena en el condominio. Ni muerta pienso llevarte. No señor. Ponte las pilas y baja de peso, porque así ninguna chica va a darte la hora.

Mi madre no dejaba de recordarme cuan gordo estaba, mis compañeros no dejaban de recordarme lo mismo. Lo que ellos no sabían era que comer era mi manera de afrontar la vida que llevaba, una vida triste, vacía. Una tarde, desnudo frente al espejo tomé la drástica decisión de bajar de peso, a como dé lugar. Así que aquí empezó mi verdadero calvario.

Capítulo 3

Cuando ingresé a cuarto de secundaria empecé a ver videos de ejercicios, rutinas, alimentación sana. Empecé a entrenar todos los días: mañana, tarde y noche. Mi desayuno consistía en una jarra de leche y un paquete de galletas integrales; mi almuerzo era puré de verduras o una pequeña porción de pollo con una o dos pechugas de pollo y de cena solo ingería una barra de cereal.

Al principio esta dieta era una total tortura para mí. Las ganas de comer aun eran fuertes y la falta de ejercicio físico durante gran parte de mi niñez hacia mella. Durante la primera semana muchas veces quise tirar la toalla, volver a mis hábitos anteriores de alimentación lo que había consistido en 1 sol de pan con huevos revueltos en el desayuno; un menú de 7 soles para el almuerzo, con preferencia de papas fritas o cualquier otra comida que tuviera grasa incluida y de cena salchipollos o hamburguesas. Pero entonces me desnudaba, me miraba en el espejo y recordaba los insultos de mis compañeros: *obeso, chanco, gordo marrano*. Peor aún, recordaba el desprecio de mi madre en su mirada, en

su voz y la vergüenza que representaba para ella.

Muy en el pasado quedaron los mimos y caricias que me dio cuando era un bebé, atrás quedo la madre amorosa. Cuánta razón había tenido mi hermano. André, ¿Qué sería de él? Ni siquiera daba señales de vida y con su recuerdo también llegaban las duras palabras que me dedicó antes de irse y en la carta que dejó. *Estorbo, maldición*. Eso era yo; y muy a mi pesar me sentí como tal. Yo había llegado para destruir a mi familia y mi castigo era este. Ser despreciado y abandonado por ellos. Bueno, no podía dejarme morir sin luchar.

Cada día me animaba a mí mismo a no comer. Me levantaba a las 5 de la mañana y corría por el parque antes de ir al colegio. Desayunaba, iba al colegio, volvía a casa, almorzaba, entrenaba, volvía a correr, cenaba, volvía a correr. Y si por alguna razón comía alguna hamburguesa o una galleta ahí mismo hacia ejercicio. Empecé a sentirme culpable cada vez que comía. Ya no lo disfrutaba. Los días, semanas fueron pasando y yo fui adelgazando.

—Vaya, veo que has seguido mi consejo y has estado bajando de peso. Estás muy bien ahí, mantente—eso fue lo que me dijo mi madre una mañana mientras desayunábamos.

Me sentí en las nubes, fue el mejor cumplido que pude recibir. En el colegio pasó lo mismo; mis profesores me felicitaron por el cambio y mis compañeros, también. Empecé a ganar confianza en mí mismo, me reunía con ellos en los recreos y hasta las chicas de mi aula y de otros años empezaron a notarme dándome miradas coquetas. A pesar de ello, yo que no sabía mucho sobre coqueteo, solo atinaba a sonreírles de vuelta.

Eso no fue todo, empecé a obsesionarme tanto por mi peso que cada vez que comía me sentía engordar y debía hacer ejercicio para mantenerme a raya. Me miraba al espejo y la imagen que veía aún era la de un chico rellenito, debía bajar más. Continúe con la dieta, con los ejercicios. Poco a poco dejé de consumir pan, arroz, sal. Dejé de endulzar la leche. Lo único que mi cuerpo aceptaba era galletas integrales o palitos de ajonjolí.

Como mi madre no paraba en casa, no tenía ni idea de lo que me sucedía; de como poco a poco me iba quedando en los huesos, aunque para mí seguía gordo. Mi mente estaba invadida de los peores pensamientos que pudiera haber escuchado.

En mi cumpleaños número 16 mis tíos llegaron de visita. Fue una gran sorpresa hasta que mi tía se echó a llorar sobre mí.

—Pero Max, mi niño. Mira nada mas como estas de delgado. ¿No comes

bien?

—Tía que dice. Si estoy gordo aún.

—Muchacho estás un poco pálido—expresó mi tío con preocupación en su rostro.

—Tu madre nos dijo que habías adelgazado, pero nunca pensé hasta qué extremo.

—Que exagerados son. Aun necesito bajar de peso—dije agarrándome los rollitos inexistentes en mi barriga.

—Claro que no Maximiliano. Ya estás demasiado delgado. Esta semana que vamos a quedarnos voy a prepararte tus platos favoritos. Vas a ver como recuperas un poco de color.

—Lo siento tía, pero estoy con una dieta estricta. No consumo nada de azúcar, ni de sal; ni comidas hechas con aceite.

—Max, estás en todo el desarrollo. Te puede causar alguna enfermedad o darte algo peor. Hijo, haz caso. Ya verás cómo engordas un poquito—el solo pensar en la palabra gordo me daba náuseas.

Yo solo sonreí; ni muerto comería algo alto en grasa o azúcar. No. A mi mente llegaron los insultos *cerdo*, *chanchito*, *obeso* y la peor de todas, *estorbo*. Muchas veces quise hablar de ello con mi madre, pero ella siempre tenía algo más que hacer. Y no tenía amigos verdaderos en quien confiar. Aún no. Así que me tragaba mis problemas y trataba de solucionarlos solo.

A diferencia de otros chicos que se refugiaban en el alcohol y las drogas; yo me refugie en el deporte y la buena alimentación. Estaba orgulloso de mí mismo.

Durante su estadía mis tíos lucharon toda la semana intentando que comiera y aunque a veces lo hacía para no hacer un desplante, ahí mismo solía desaparecer hacía mi habitación con la excusa de hacer tareas para quemar todo lo que había consumido. Una vez duchado después de 2 horas intensas de ejercicio, me ponía a hacer los deberes y dedicaba tiempo a compartir con mis tíos. Lamentablemente ellos se tuvieron que ir y con ellos, la poca atención que recibía. Volví a sentirme solo, vacío; en una casa que lucía igual de sola y vacía.

Capítulo 4

En otras noticias mi madre empezó a salir con un tipo del trabajo. Cuando me lo comunicó no supe cómo reaccionar. Ella me dijo que era muy feliz

con aquel hombre; que él la apoyaba y la cuidaba. Me dio a entender que muy a pesar de lo que yo lo aceptara o no, ella seguiría con él; mi opinión no era importante. Lo que hice fue desearle lo mejor y encerrarme en mi habitación.

No le dije que tenía sentimientos encontrados, que tenía miedo de quedarme completamente solo. A mi padre y hermano poco les importo lo que pasara conmigo cuando se fueron y mi madre se concentró en su trabajo, aun así, la veía en casa y a veces compartíamos alguna comida. Con el pasar de los días mis temores se hicieron realidad. Ya ni siquiera llegaba a dormir, lo único que hacía era pagar las facturas, vestirme y a veces, muy a lo lejos se interesaba por mis estudios o algo relacionado conmigo. Nunca preguntaba por mis sentimientos.

Cuando mis abuelos y tíos se enteraron de su nueva pareja, ella no dudo en defenderlo con uñas y dientes. Incluso le dijo a mi tía que solo esperaba que yo fuera mayor de edad para salirse a vivir aparte con él. Está de más decir que mi tía estaba totalmente en contra.

—¿Qué tú no piensas Marina? Max te necesita, aún tiene 16 años—increpaba mi tía a través del teléfono.

—Por lo mismo; porque le faltan solo 2 años es que he tomado esta decisión. Si por mi fuera ya me hubiera ido con Enrique.

—¡¿Te estás escuchando?! Tu hijo es lo primero. Debes dejar a ese hombre y preocuparte por Max. No ves que está mal, mira cómo anda de delgado.

—Ay que exagerada eres. Max bajó de peso porque estaba como un cerdo y ahora está mejor. Nada más.

—Tu hijo está en los huesos Marina y dices que está *mejor*. ¿Qué mejoría es esa? ¿Qué ejemplo le estás dando Marina? Si ahora no quieres cuidarlo, ¿para qué lo tuviste entonces? André se fue y ahora Max. Abre los ojos Marina, tu hijo te necesita.

—Max está lo suficientemente grande para cuidar de sí mismo y yo tengo derecho en rehacer mi vida con quien yo quiera. No voy a permitir que Max sea un impedimento para alcanzar mi felicidad.

—¿Tan cegada estás por ese hombre? ¿Tan fuerte es la ilusión? Como si quiera puedes considerar a tu propio hijo un estorbo—*estorbo*, esa palabra de nuevo. Sentí un dolor en el pecho.

—No voy a mentirte. Estoy loca por Enrique y ni Max ni nadie nos va a

separar.

—Tienes 39 años Marina. No eres una colegiala que juega a los enamorados. Preocúpate por el hijo que te queda. Mi mamá está sufriendo por las decisiones que estas tomando.

—Son mis decisiones, es mi vida. Y si tanto les duele a todos ustedes pues se los envío. Así puedo vivir mi amor plenamente con Enrique.

Salí del lugar donde estaba escondido, no podía soportarlo más. Espere y espere por días pero mi madre nunca me envió con los abuelos; sin embargo, no se cansaba de recordarme que era la piedra en su zapato. Me atrevo incluso a decir que contaba los días para mi cumpleaños número 17.

El dolor de ser rechazado por mi propia madre hizo que intensificara mis horas de ejercicio. Aumente las horas para correr, me mataba haciendo planchas y seguía con la dieta a pies juntillas. Nada de lo que los demás decían me interesaba.

—Max, chico, estás muy delgado. Mira nomás se notan los huesos de tus dedos y los de tus brazos—me dijo un día el profesor de física.

—Está exagerando profe, si aún tengo grasa acumulada. Todavía necesito bajar.

—¿Bajar? ¿A dónde más piensas bajar hijo? ¿Estás alimentándote bien?

—Claro que sí. La cosa es que dejé atrás las grasas, los carbohidratos. Esas cosas.

—Chico, tu cuerpo necesita de los carbohidratos y grasas. Estás en toda la etapa del desarrollo y una mala alimentación te puede causar problemas. Necesitar alimentarte o tus huesos van a estar débiles y con el tiempo puedes padecer de osteoporosis a temprana edad. Además, tú no estás para una dieta estricta.

—No se preocupe, yo me alimento.

—¿Todo va bien por casa? —preguntó de repente.

—Sí, todo perfecto—mentí. Cuando la verdad era que quería gritar *NO* con todas mis fuerzas y *¡Ayúdenme!*

—Sé que solo son tu mamá y tú y...

—Y así estamos bien. No se preocupe por mí profe. Mire le prometo que de ahora en adelante voy a empezar a comer de todo—ya ni siquiera

recordaba cuantas veces había hecho la misma promesa.

Las vacaciones llegaron y me sentí aliviado de pasarla con mis abuelos. Sin pensarlo fui recuperando el color y ganando un poco de peso. El calor familiar con el que me acogieron, las conversaciones con mis primos y sobre todo la atención brindada; ayudaron mucho. A pesar de ello, no abrí mi corazón. Estuve tentado a contarle todo a una de mis primas más cercanas, pero algo me detuvo. No quería la lastima de nadie y mucho menos de mi familia. Para mí, lo que me tocaba vivir era lo que merecía por haber nacido.

Las vacaciones terminaron y tuve que volver a Chiclayo, a una casa donde nadie me esperaba. Todo seguía igual; hace mucho que sabía desenvolverme solo por la ciudad. A veces cuando pasaba por el mercado, recordaba a mi hermano trayéndome de pequeño para comprar los víveres de la semana. O cuando salía a comer a algún restaurante con algunos compañeros del colegio, me recordaba al yo de 4 años junto a mis padres y hermano compartiendo una agradable velada. Si alguna vez tuve esperanzas de que las cosas se arreglaran, el yo de 16 las había perdido totalmente.

A inicios de quinto año de secundaria mientras corría en una mañana de sábado encontré a un grupo de chicos parados en la canchita de futbol. Se notaban algo preocupados, entonces uno de ellos me llamó.

—Eh...tú, chico.

—¿Yo? —pregunté, señalándome a mí mismo.

—Sí, tú ¿Sabes jugar futbol?

—Sí—afirmé. De pronto se dio la vuelta y gritó al resto del grupo que se había alejado.

—¡Ya estamos completos! —espera qué

—¿Tú quieres que yo juegue? —pregunté dudoso.

—No dices que sabes.

—Sí, pero bueno. Yo...

—Solo ven, no vamos a morderte. Nos faltaba un jugador y mira apareciste tú. Espera. ¿puedes quedarte? —pensé en a casa vacía que me esperaba.

—Seguro, por qué no.

Fue así como conocí a mis amigos: Henry, Lucas y Valentino, los que con el tiempo se convirtieron en mis hermanos. Primero agarré confianza con Tino quien se estaba preparando para postular a la policía. Me pareció interesante y como hasta ese momento no tenía nada pensado cuando acabara la secundaria, tomé la policía como una opción a considerar. Después de aquel partido empecé a pasar algo de tiempo con ellos; sobre todo tomando apuntes sobre lo que se necesitaba para ingresar.

—Bueno tú eres suficientemente alto, aunque ahora la talla no importa mucho. En tu caso no habría problema—me comentó una tarde después del partido.

Lo que Tino no sabía era que yo podía ser alto, pero estaba muy delgado y no era lo suficientemente fuerte para un chico de mi edad. Las poleras y buzos flojos que había empezado a usar cubrían mi realidad.

Capítulo 5

Una tarde después de una pichanguita, sentados en las gradas de la canchita de fútbol, Tino me invitó a almorzar a su casa. Era su cumpleaños y algunos de sus amigos más íntimos irían. Yo no me consideraba tan íntimo, pero supuse que me había agarrado cariño. Además, algunos chicos que jugaban con nosotros irían, así no me sentiría solo. No tenía enamorada y aunque muchos de los que irían llevarían a sus parejas, no era mi caso. Pensé en negarme, inventar una excusa, pero no tenía nada que hacer en casa y estaba cansado de la soledad. Acepté y luego de obtener la dirección me marché a casa.

Fue una sorpresa encontrar a mi madre. Me alegré, pensé que después de mucho tiempo podríamos tener una cena agradable. Pero a medida que me acercaba a ella, unos sollozos se empezaron a escuchar con más claridad. Tuve la respuesta en cuanto alzó la mirada.

—Mamá, ¿Por qué lloras? —pregunté.

—Así que por fin te dignas en aparecer. Se puede saber, ¿dónde carajos has estado?

—Jugando partido con unos amigos—respondí tranquilo sin ganas de alterarla más.

—¡Vives en la calle solamente! Ya pareces perro callejero. ¿Qué dirán los vecinos? ¿Acaso no tienes casa? —lamentablemente estaba borracha, la botella de vino casi terminada lo corroboraba.

—Mamá creo que deberías ir a descansar—sugerí—. Estás un poco mal y una siesta no te hará daño—nunca antes me había enfrentado a una situación así. Nunca había visto a mi madre beber.

—¿Qué siesta ni nada? Estoy bien, muy bien—de pronto las lágrimas volvieron a aparecer y con más fuerza

—Entonces, ¿por qué lloras? —pregunté de nuevo.

—¿Quieres saber la verdad? —preguntó con furia en sus ojos.

—Solo quiero ayudarte.

—¿Quieres ayudar? Bien—entonces explotó— ¿Por qué no cumples los 18 ya? ¿Por qué no te largas de esta casa de una vez así yo puedo ser feliz?

—Mamá, aún tengo 16—intenté controlar mi voz, no mostrando cuanto dolían sus palabras.

—Es una pena. No veo la hora de que ya cumplas 18. Eres un estorbo para mi felicidad. Querías saber la razón de mis lágrimas, te lo voy a decir. Enrique acaba de dejarme, dice que está cansado de esperar por mí, que te elijo sobre él y que nuestra relación solo es un pasatiempo para mí.

—Él no es un buen hombre—dije, lo que la enfureció más.

—Tú qué demonios sabes, mocoso. Yo lo amo, no puedo soportar vivir sin él. Soy su mujer, ¿me oyes? Soy su...—y antes de que pudiera completar la frase cayó sobre mí.

Con cuidado la llevé a la cama, la cobijé bajo las sábanas y me hice cargo de ella cuando vomitó. Al día siguiente se levantó como si nada hubiera pasado y se fue al trabajo. Y yo me quedé ahí comiendo mis problemas, una vez más.

Tan cargado como estaba de todo, hice lo único que mejor se me daba, ejercitarme. Descargué mis frustraciones en cada carrera y en cada ejercicio y aunque traté de detenerlas, las lágrimas fluyeron. Pensé en largarme tal como lo hizo mi hermano, pero el colegio me lo impedía y mi madre también; porque, aunque ella me odiara yo la amaba.

Me miré al espejo; mis ojos hinchados por las lágrimas. Decidí quedarme en casa y dormir el resto del día. Un mensaje de Tino llegó a mi celular recordándome la reunión, así que sin más, empecé a vestirme necesitando distraer mi mente un rato.

Tino vivía en una casa amplia con jardín trasero; venía de una familia rica. Sus padres me cayeron bien y sus hermanos también. A menudo escuchaba que los hijos de padres ricos sufren más que los de familias pobres, pues los padres suelen trabajar y solo le brindan lo material a sus hijos. La familia de Tino no era el caso; sí, sus padres eran ricos. Pero cuando ellos se casaron decidieron tener un plan, su madre ejerció su carrera hasta los 30 años y cuando quedó embarazada de Tino, con planificación anticipada, se enfocó en su hogar y luego en los otros dos pequeños. Su madre recién había empezado a trabajar cuando sus tres chicos ya eran grandes y ya no dependían de mamá; sin embargo, ella no dejaba de cuidar de ellos ni de su esposo y siempre anteponían la familia antes que el trabajo o el dinero. Me gustaba eso.

Entramos al jardín trasero donde estaban todos los amigos de Tino, no eran muchos y eso no me hacía sentir incomodo, eché un vistazo rápido a todo el lugar ocupado por unos 15 chicos y unas 10 o 12 chicas talvez. La mayoría supuse eran parejas pues iban de la mano o tomados de la cintura. Tino empezó a presentarme a los que no conocía y choqué los puños con un par de chicos del futbol y otros que conocía del colegio que casualmente también eran amigos de Tino. Luego de las presentaciones fui por una bebida y me senté en una de las tumbonas, los chicos del futbol, Lucas y Henry, se acercaron a conversar.

—¿Cómo va todo hombre? —preguntó Lucas.

—Las clases me tienen loco y eso de elegir carrera para la universidad también—comentó Henry.

—Todo bien—dije yo encogiéndome de hombros—. No iré a la universidad, tengo a la policía en la mente. Es algo más fácil y rápido de acabar.

—Qué bueno por Tino; a pesar de que sus padres nadan en dinero no le han impuesto nada. Dejan que tome sus decisiones y... ¿Qué opina tu madre sobre la policía? —preguntó Henry.

—No sé, aun no le digo. Talvez se alegre—con tal de que me vaya de la casa, pensé.

—Mis padres ya me dejaron claro que es o universidad o la calle. Ya estoy empezando a tomar test de vocación profesional—se quejó Lucas.

—Yo igual, mi madre me anda fastidiando todo el tiempo con ese tema. Pobre mi hermana, lo que le espera.

—¿Tienes una hermana? —pregunté curioso.

—Sí, 2 años menor que yo. Se llama Kimberly; miren justo viene ahí. Si las mujeres en el baño se demoran una vida—en eso alcé la mirada y la

Capítulo 6

La niña más linda de este lugar, las pulsaciones de mi corazón empezaron a acelerarse y sentí un extraño recorrido por mi columna vertebral. Era hermosa, no la belleza clásica de las mujeres delgadas y elegantes, no. Ella era de tez trigueña, de mirada ingenua y de un pequeño cuerpo que no dejaba dudas de que en algún momento sería digno de suspiros y piropos. Buscó entre la multitud y al encontrar a Henry ensanchó sus labios en una sonrisa y se dirigió hacia nosotros. Mis manos empezaron a sudar y tuve que limpiarlas disimuladamente en mi polera. Sentía mi cuerpo empezar a sudar.

—Aquí estás hermanito.

—Te has demorado una vida Kim, ya me hacía viejo—ella solo rodó los ojos—. Ven déjame presentarte a un amigo, porque a Lucas ya lo conoces—ella se dio la vuelta hacia mí y me brindó una suave sonrisa.

—Max, ella es mi hermana Kim. Kim, él es mi amigo Max—con miedo a extenderle la mano y que la notara húmeda, solo le di un asentimiento de cabeza.

—Hola, soy Max. Mucho gusto.

—Hola, soy Kimberly. Puedes decirme Kim y también es un gusto conocerte—yo seguía perdido en su mirada.

—Vamos hombre, dale un beso a la señorita. No va a morderte—Lucas empezó a burlarse ante mi nerviosismo.

—Te doy permiso, pero solo en la mejilla, ¿eh? —le siguió Henry. Hice una mueca y me agaché a darle un beso en la mejilla. Cuando volví a mi posición noté el rubor en sus mejillas.

—Estás sudando—soltó Lucas. Mierda.

—Es que hace algo de calor—le quité importancia.

—Pues quítate la casaca. Eres el único tipo de la fiesta con casaca en semejante calor—me sentía un poco avergonzado, pues sentía la mirada de Kim sobre mí.

—Ya se me pasa. Esta casaca es delgada y no abriga mucho.

—Si tú lo dices, ¿quieres una bebida Kim?

—Claro—su voz era melodiosa.

—Oh miren acaba de llegar el dj, voy a saludar—vimos a Lucas ir tras el dj.

—Yo iré por tu bebida—y así fue como me quedó solo con ella. Sentía tanto pesar de nunca haber tenido enamorada. No tenía idea de cómo iniciar una conversación, así que dije lo primero que se me ocurrió.

—Entonces, ¿conoces a Valentino?

—En realidad, no lo conocía. Lo acabo de conocer; solo estoy aquí porque Henry terminó con su novia de este mes y no tenía con quien venir a la fiesta.

—Pudo venir solo.

—¿Te incomoda mi presencia? —y ahí estaba yo, metiendo la pata.

—No, no es lo que quise decir. Digo...yo...bueno...dado a tu edad pensé que...

—¿Qué Henry no querría andar con su hermanita? Henry es un hermano maravilloso, me saqué la lotería. Además, solo soy dos años menor que él y siempre está cuidándome. Tampoco es como si yo fuera a cometer alguna locura o algo.

—Claro, entiendo ¿El vínculo de ustedes es fuerte?

—Lo es, tener un hermano mayor es algo único—pensé en André y el vínculo que jamás llegaríamos a tener— ¿Tienes hermanos?

—Uno.

—¿No son unidos?

—Bueno, él...se fue de casa y no lo he vuelto a ver—me sorprendí a mí mismo dejando salir esa información. Siempre evitaba hablar de mi familia y mucho menos de lo que había pasado con ella.

—Lo siento, tal vez no solucione nada diciéndotelo, pero es sincero.

—Gracias—estaba haciendo trabajar mi mente para poder seguir conversando. Al parecer todo se había quedado en blanco.

—No estudias con Henry, ¿verdad? Conozco a los amigos de su cole y nunca te había visto.

—No, no estudio con él. Nos conocimos en la canchita de fútbol.

—Ah, ahora entiendo—dijo con una sonrisa.

—¿Qué cosa?

—Que un chico tan mono como tú no podía estudiar con Henry. Para ser sincera, mi hermanito es el único guapo de su aula—vaya, acababa de decirme guapo y yo estaba ahí dándole una sonrisa bobalicona.

—Bueno, no creo que todos sean feos—intenté no sacar pecho.

—Créeme, he visto muy de cerca a esos chicos. Los chicos de esta fiesta están muy guapos, incluyéndote.

—Vaya, gracias. Tú también eres muy mona—lo dije y no me arrepentía, no cuando veía el rubor teñir sus mejillas. Oculté mi sonrisa tras un trago de jugo. Veía el movimiento de sus piernas al mecerlas.

—¿Tienes la edad de Henry? —agradecía infinitamente que ella siguiera con la conversación.

—Sí, tengo 16. Estoy a puertas de cumplir los 17.

—¿En serio? ¿Cuándo los cumples?

—El 6 de mayo.

—¿También harás una fiesta? Talvez puedas invitarme—no era nada tímida.

Su pregunta me hizo pensar en mi cumpleaños. Hace mucho tiempo que no tenía un cumpleaños. Era un día como cualquiera; desayunaba solo, iba al colegio, almorzaba solo, cenaba solo. No había pastel, no había regalos y tampoco hubiera habido felicitaciones si no fuera por las de mis abuelos, mis tíos y mis primos. Porque mi madre me saludaba cuando se acordaba, eso incluía dos meses después de la fecha.

Así que no, no haría nada especial. Aunque en ese momento me entraron ganas de decirle que sí, que haría una fiesta solo para verla, pero me recordé que ella no pertenecía a mi mundo y que no tenía ningún derecho de arrastrarla a él. Me encogí de hombros y mentí.

—Lo siento, no habrá fiesta. Saldré por ahí con mi madre.

—Bueno. No puedo culparte, pasar tiempo con los seres queridos es mucho más importante que unos cuantos chicos y chicas.

—Tienes los pensamientos de una viejita—intenté fastidiarla.

—Mi edad no mide mi madurez—se defendió.

—Tranquila, solo era un comentario sarcástico. No quería molestarte.

—No lo has hecho. Tengo 14, pero pienso como una chica de más edad.

—Seguro. Tienes mucha confianza. Creo que hasta podrías prestarme un poco.

—No tengo problema en ello. Puedo inyectarte una dosis tan grande que tu ego no cabría en tu cuerpo—no sé si ella se daba cuenta que con cada respuesta listilla que decía me atraía cada vez más. O tal vez era su manera de coquetear, pero no, no lo era.

Mi prima, un año mayor que yo era casi como ella y siempre tenía una respuesta listilla para todo. Años después, cuando se casó con su actual esposo, éste me contó que fue eso lo que lo enamoró. Mi prima no coqueteaba, ella simplemente era así, esa era su personalidad. Kim era de la misma manera y ahora puedo decir que concuerdo totalmente con Benjamín.

—Aquí está tu bebida, conejita—Henry hizo acto de presencia. Sonreí al escuchar el apodo. A Kim no le pareció gracioso.

—Henry, no me llames de ese modo.

—¿Qué? Te avergüenzas del apodo cariñoso que te puso el abuelo.

—No, pero no puedes ir por ahí, llamándome de ese modo frente a extraños.

—Max es mi amigo y ya te lo presenté—Kim bufó y le envió una mirada asesina a su hermano que prometía venganza.

—Tranquila, no planeo llamarte por el apodo cariñoso. Aunque déjame decirte que es tremendamente cursi...conejita.

—Idiota.

—¡Kim! —Henry la miró con sorpresa.

—Cállate Henry. Es tu culpa.

—Max no tienes permiso de llamar conejita a mi hermana, al menos no en su presencia.

—Lo entiendo hombre, no voy a volver a decirle conejita.

—Te lo recomiendo, cuando conejita se enoja... ¡Ay! Kim, eso dolió.

—Eso es para que aprendas a no jugar con tu hermana. Y a ti—me señaló—, ya te llegara el turno. Solo espera que agarremos confianza—y con una última furibunda mirada se levantó y se dirigió hacia la casa.

—Que geniecito se gasta—comenté

—Es así. Unas veces la chica más amable y comprensiva del planeta; otras, tímida y vergonzosa y otras, listilla y desafiante. Ya debe estar pensando en un plan para hacerme pagar.

—No lo dudo. No es como las chicas de su edad.

—No, no lo es y a veces eso preocupa a mis padres. Es bastante inteligente, un ratón comelibros. Le gusta informarse de todo; desde que pudo decir su primera palabra, mis padres la pusieron a clases de idiomas y luego de música.

—¿Tú también?

—Sí, hablo 4 idiomas y toco el piano. Kim habla 5 idiomas y puede tocar el piano, el violín, la guitarra.

—Wow.

—Sí, wow. Es listilla, pero debajo de eso, Kim es tremendamente dulce e ingenua. Tiene 14 años y ya es capaz de alborotar el gallinero, al menos el de su aula. Mis padres están un tanto preocupados de que ella pueda caer en las palabras de cualquier jovencito y ya sabes que en estos tiempos los de 12 ya están emparejándose.

—No creo que ella sea fácil de conquistar.

—Eso espero. Porque si tengo que romperle la cara a alguien por mi hermana, no lo pensaría dos veces. Kim se merece un buen tipo con un buen porvenir y aunque es muy pequeña para pensar en ello, no me

gustaría que la hicieran sufrir.

Estaba más que claro que yo nunca sería un buen candidato para la fantástica Kim. Mi porvenir era incierto, mis expectativas no eran tan altas, venía de un hogar roto, tenía problemas de salud y mentales que en ese momento no me atrevía a reconocer, no era tan listo como ella y sobre todo no era ni dulce ni ingenuo. Todo lo contrario; conocía el desprecio, el odio de primera mano y me negaba a arrastrarla conmigo.

Cuando los padres de Tino salieron a avisarnos que la cena estaba servida, todos los invitados hicimos fila hacia el comedor; pero en mi mente la cena era el último de mis pensamientos.

—Espero que ese pollo al horno esté tan rico como se ve—la voz de Kim me hizo volver.

—Solo es comida.

—¿Comida? ¿lo dices en serio? —parecía algo indignada—. La comida es *sagrada*, al menos para mí. El año pasado fuimos a un restaurante que parecía tener uno de los mejores ceviches de Chiclayo. Vaya decepción nos llevamos.

—¿Te gusta el ceviche?

—Corrección, *amo* el ceviche. No soy muy menesterosa con la comida, por algo somos el país con una de las gastronomías más envidiadas.

—¿Comes de todo?

—Casi de todo—eso me sorprendió.

—Hay comidas que tienen muchas calorías o postres que tienen demasiada azúcar. Eso es dañino.

—Lo sé, pero no como frituras o postres todos los días. No nací perfecta, ni con el cuerpo perfecto. Mis padres nos inculcaron desde pequeños una buena alimentación y de vez en cuando nos damos algunos gustos; no voy a morir por comer pollo a la brasa o un pedazo de pastel selva negra—yo recordaba muy bien cuando había dejado de comer pollo a la brasa o cuando si quiera había endulzado el desayuno. Todo estaba grabado en mi memoria. Pasé de amar el pollo a la brasa a causarme vomito.

La peor parte de la tarde fue verme delante de aquel plato de pollo al horno, que para mí contenía demasiada comida y encima un vaso de gaseosa. Si hubiera tenido oportunidad de escapar lo habría hecho, incluso pensé en mentir; decir que tenía dolor de cabeza y ausentarme,

pero no podía hacerle ese desplante a mi amigo y tampoco quería dejar de ver a Kim quien para mi suerte estaba sentada a mi lado derecho. Ni siquiera me percaté del momento en que todos empezaron a comer y yo solo seguía ahí, haciendo cálculos de cuantas veces al día tendría que correr y cuantos abdominales más tendría que hacer para bajar todo el exceso de comida.

—¿Te encuentras bien? Estas mirando el plato como si le fuera a salirle alas al pollo.

—Eh...no. Solo pensaba. Se ve rico.

—Pruébalo y sabrás. Esta delicioso—y con ello Kim soltó un pequeño gemido de placer que envió una descarga a mis sentidos. Cálmate, me dije. Es menor que tú y es la hermana de tu amigo.

—Seguro que sí.

—Anda, come. Hazlo o los demás van a pensar que no te gusta. La cara de madre de Valentino ya empieza a deformarse.

—Mentirosa—sonreí.

—Bueno, ¿vas a empezar o qué?

—Ya voy. Mandona—para mí suponía todo un reto llevarme un bocado de papa horneada y un trozo de pollo a la boca. Masqué con dificultad y traté de pasar lo mas rápido posible.

—¿Eres lento para comer? Digo los demás ya vamos a terminar el plato y algunos incluso han repetido y tú eres peor que la tortuga.

—Alguna vez te han dicho que tienes la lengua muy suelta.

—Me faltan dedos para contarlas.

—Alguien debe callarte esa boquita respondona—dije cortando un pedazo de pechuga.

—¿Quieres intentarlo? —abrí los ojos con sorpresa ante tal descaro de una niña de 14 años. Dudaba de la pureza e ingenuidad que Henry le profesaba a su hermanita. Si yo fuera él, la vigilaría mejor.

—¿Me parece o estas coqueteando?

—No, no estoy coqueteando. Así soy yo.

—Déjame dudarlo.

—En serio, ¿tienes algún problema con la comida? Estás empezando a preocuparme—sentí sudor bajar por mi columna y no entendía la razón.

Para mí la alimentación que llevaba estaba bien y la rutina de ejercicios también. No tenía de que avergonzarme; al contrario, me consideraba un buen ejemplo de que con disciplina todo se podía. Aunque no podía decir lo mismo de mi situación familiar.

—No, no tengo problemas con la comida—me sentí en la necesidad de aclarar—. Solo, no estoy acostumbrado a comer tanto y como bajo de sal y no consumo bebidas envasadas.

—Vaya. No conozco muchos chicos de tu edad que lleven una alimentación tan rigurosa; incluso Henry que ha hecho deporte la mayor parte de su vida come con sal y a veces toma gaseosa o jugos envasados o incluso come postres.

—No todos somos iguales.

—No, claro que no. Pero creo que hoy deberías hacer una excepción. Es el cumpleaños de tu amigo y la comida no está mal. Además, ni que te hubieran dado un morro de arroz o una tremenda porción de papas—ella sí que sabía defender su opinión.

—Supongo que tienes razón, una pequeña porción de papas y arroz no va a matarme—pero sí que estaba matándome.

Cada bocado era un suplicio y cada trago de gaseosa significaba azúcar por todo mi cuerpo. No logré acabar todo, pero hice lo imposible para dejar en claro que la comida había estado deliciosa. Tampoco comí bocaditos y solo acepté el pedazo de pastel por cortesía, hasta le hice una mueca. Y cuando alcé la mirada me di cuenta de la mirada profunda de Kim. Desde lo que pasó en la cena, había estado observando de forma extraña, decidí no prestarle atención.

Al llegar a casa lo primero que hice fue tomar una larga ducha y echarme a dormir. Al despertar me dirigí al cuarto de baño y al verme en el espejo el pánico me invadió. Había pasado lo que temía, me había engordado. Mi mente enferma no podía dejar de culparme y para castigarme no fui al colegio, entrené casi todo el día hasta quedar agotado. El único alimento que consumí fueron galletas integrales y leche. Y cuando me di un baño y me volví a mirar al espejo el rollito que tenía había desaparecido un poco, tenía que entrenar más duro. Tiempo después comprendí cuan mal estaba, cuanto control le había cedido a esa voz en mi cabeza que cada momento me limitaba, que me hacía recordar que no valía nada y que era un estorbo. Que entrenando y dejando de comer era la única manera de

redimir mis culpas.

Capítulo 7

Mi cumpleaños llegó y con él otro día común y corriente en mi vida. Me preparé para ir al colegio; mis amigos y profesores me felicitaron no sin dejar de recordarme que estaba algo delgado y que talvez debía visitar a un médico. Yo solo sonreía. Para mí, yo estaba mejor que nunca y esto que aun debía bajar un poco más. Mis compañeros hicieron una pequeña fiesta en el aula y por compromiso tuve que aceptar la gaseosa y comer un par de bocados.

En casa nadie me esperaba, saqué verduras de la nevera y me hice una ensalada de almuerzo con una pechuga sancochada de pollo. Cansado me tiré en la cama y dejé que el sueño se apoderara de mi cuerpo. Desperté por el incesante sonido de mi celular.

—Aló—respondí con voz ronca

—Hombre, feliz cumpleaños. ¿Dónde andas? Llevo media hora llamándote.

—¿Quién eres?

—En serio estabas profundo, ¿eh? Soy Henry, bestia. Estamos aquí con los chicos en la canchita, ¿vienes?

—En 10 minutos llego—empecé a levantarme.

—Espera, ¿no estás haciendo nada importante? Es tu cumpleaños, talvez estas con tu familia. Sí, que tonto soy; debes estar con tu mamá.

—No, estoy desocupado.

—¿Seguro? Kim me dijo que estarías con tu madre.

—Sí, eso...eh. Almorzamos juntos, ella no podía faltar al trabajo. El domingo talvez pasemos el día juntos.

—Bueno entonces, si no estás ocupado...te esperamos.

—Ahí los veo—y colgué.

Cuando llegué a la canchita, los chicos me esperaban con una gaseosa y una caja de bocaditos. Mas carbohidratos y calorías, pensé. El miedo a engordar se apoderó de mí; había aceptado ir porque jugar futbol me ayudaría a quemar la grasa que consumí en el colegio, pero ahora tenía que comer los bocaditos y tomar la gaseosa. Aun no me habían visto,

debería dar la vuelta e inventar una excusa. A la mierda. En casa nadie me esperaba, a nadie le importaba. Tendría que hacer más ejercicios para bajar las calorías, pero pasaría tiempo con mis amigos. Recibí el saludo de todos y acordamos celebrar después del partido, no podía decirles que no.

Grande fue mi sorpresa cuando comenzamos a repartir los bocaditos y Kim apareció; llevaba un short que enmarcaba su cintura y las suaves curvas de sus caderas, que no dudaba se volverían más pronunciadas con el pasar del tiempo. Era un short un poco flojo, no se adhería a sus piernas y tampoco enmarcaba las partes más privadas de una mujer, como era el caso de muchas de su edad e incluso de la mía por ese entonces. No juzgaba a las chicas que lucían shorts cortos, pero no estaba muy de acuerdo con ellos. Kim también llevaba una blusa un tanto suelta baja que dejaba ver sus hombros. No usaba maquillaje, no lo necesitaba. Su sonrisa y el brillo de sus ojos bastaba para llamar la atención.

—Disculpa que te diga esto Henry, pero tu hermana es un pequeño bombón—comentó Lucas.

—Lo sé—concordó Henry tristemente—. Pero tienes prohibido intentar algo con ella. Le llevas 3 años.

—Calma ahí, nunca dije que intentaría algo. Tengo novia, solo daba una opinión.

—Es cierto Henry; tampoco le voy, pero no puedo negar que tu hermana es muy bonita.

—Ya ya; dejen de mirarla—y así siguió el resto del grupo, soltando halagos. Yo por mi parte preferí callar.

Kim volvió a aparecer en nuestro radar, pero ahora con 3 chicas más. Dos de ellas eran altas, delgadas, pero sin rayar la notoriedad de sus huesos, simpáticas, pero no me sentía atraído por ninguna de ellas. Lo más loco de esto era que yo estaba incluso más delgado que ellas, pero en ese momento aún no me daba cuenta. Y bueno, la tercera chica era del tamaño de Kim, pero con curvas más acentuadas, algo rellenita.

—Vaya, si hubiera sabido que Kim tenía una amiga como aquella...—al parecer Lucas se había quedado prendado de la chica curvilínea.

—¿No que tienes novia?

—Sí, y la amo.

—Entonces deberías dejar de mirar a Antonia.

—Antonia, ¿eh? Es preciosa, pero soy fiel.

—Claro.

Ellas se acercaron sin temor y nos sonrieron, claro que la pequeña curvilínea fue un poco más tímida que el resto.

—Hola chicos—saludaron Kim y sus amigas

—Hola—respondimos en coro.

—¿Qué estás haciendo aquí Kim? Pensé que irías de paseo con tus amigas.

—Y lo haremos, pero Kim olvidó las llaves y tu madre no está en casa—explicó la chica delgada de cabello rubio—. Así que tuvimos que venir a pedir las tuyas.

—¿Y Lola?

—De compras. Olvidé sacar mi cartera; préstame tus llaves, saco la cartera y luego las traigo.

—Qué raro, sueles buscar algún lugar para entrar—Kim rodó los ojos.

—Generalmente entró por la ventana detrás de los grandes arbustos, pero está cerrada.

—Entra por donde lo hace Toby.

—No quepo.

—Tú no, pero Renata sí—y le dirigió una mirada algo maliciosa a la rubia— Ya te he dicho que deberías comer más antes de quedarte en los huesos Renata, pata.

—Idiota. Y tú deberías hacer más deporte, te estas quedando chato—contraatacó.

—Yo no tengo la culpa de que seas una patilarga.

—Animal.

—¡Basta! Solo préstame las llaves y ya.

—De acuerdo, toma.

Pensé que no me había dividido, así que seguí conversando con Tino, mientras Henry seguía molestando a Renata y Lucas miraba de reojo a la pequeña curvilínea. Nos reímos por algunos de los comentarios listillos que Renata le decía a Henry; no era experto en el tema, pero podría aventurarme a decir que ahí saltaban chispas. De pronto Kim apareció a mi lado.

—Hola Max.

—Hola Kim—ella resopló.

—Mira sé que no somos amigos, ni nada por el estilo; pero sé que hoy es tu cumpleaños—abrí los ojos con sorpresa, pensé que no lo recordaba.

—Sí, si lo recuerdo; tampoco es que hayan pasado 5 meses. Así que la cosa es que quisiera felicitarte.

—Bueno gracias.

—...y darte un abrazo.

—Este...bueno—intenté no sonrojarme—. Tal vez a tu hermano no le agrade la idea.

—Oh lo va a superar. Eres su amigo y no es como si estuviéramos haciendo algo malo. Es solo un abrazo, pero si no estás cómodo...

—No, está bien. Si quieres...

—Bueno—sonrió ampliamente, se acercó y me envolvió con sus brazos. Su rostro quedó escondido en mi cuello y tomó todo de mí no embriagarme de su aroma—. Serías muy descortés sino me devuelves el abrazo—susurró.

—De acuerdo—y así fue como la envolví en mis brazos.

—No tengo un regalo, pero prometo dártelo la próxima vez que nos veamos.

—Está bien, no es necesario que me des algo.

—Como sea, igual tengo el regalo perfecto para ti.

—Si tú lo dices...—Me permití sostenerla por un momento, era consciente que esto era lo más cerca de lo que estaríamos jamás. Estaba clarísimo que Kim no solo hermosa, también inteligente y merecía a un chico mil

veces mejor que yo.

—Eh... ¿Qué rayos pasa ahí? —nos señaló Henry. Mis brazos cayeron rápidamente. No fue el caso de Kim, sin embargo.

—Pues nada, estoy felicitándolo por su cumpleaños. ¿Qué, no puedo?

—Sí, claro que sí. Están muy pegados.

—No me digas, y cómo quieres que le dé el abrazo, a cien metros de distancia. Bobo.

—Kimberly, estas pasándote.

—Ya me voy. No quiero que tus amigos vean cómo te humillo.

—Mocosa.

—Es lo menos que te mereces, sabandija—soltó Renata.

—Mira patilarga, por qué mejor no callas esa boquita y empiezas a comer más. Si así estas de 14 años, no creo que algún chico se fije en ti a los 18—no sé si Henry se dio cuenta, pero el dolor en los ojos de Renata fue visible, al menos para mí. La chica le dio una mirada furibunda y luego volteó hacia Kim.

—Te esperamos por allá Kim—dijo con la voz algo rota. Y con eso se fue mientras sus otras dos amigas iban detrás de ella.

—Te pasaste de burro, Henry—comentó Tino.

—La cagaste—ese fue Lucas.

—Que imbécil—ese fui yo.

—No sé cómo podemos ser hermanos, insensible—Henry bufó y miró con desespero hacia el lugar donde las amigas de Kim se habían ido. Y mientras el resto insultaba a Henry; él, Kim y yo fuimos consientes de como Renata limpiaba disimuladamente la lagrima que bajaba por su mejilla.

Me sentí mal, no entendía porque la sociedad juzgaba tan duramente a las personas solo por no cumplir con los estándares de belleza. Renata no era fea, ni estaba en los huesos, esa era su contextura. Henry era mi amigo, pero se había pasado de la raya con esa niña. Nunca les había contado a ellos el bullying que había sufrido hace un tiempo en la escuela por estar obeso, talvez Renata sufría de lo mismo por ser delgada, pero ella parecía una chica dura y si se juntaba con alguien como Kim no dudaba que tenía

mucho para defenderse. Yo no había tenido a nadie en el colegio. Los insultos y humillaciones no solo de mis compañeros si no de mi madre me habían llevado a lo que en ese momento era, un chico con anorexia que se negaba a reconocer que tenía un problema.

—Iré a disculparme—Henry empezó a caminar hacia ellas, pero Kim sacó las garras.

—No, no lo harás. Eres mi hermano y te amo, pero lo que acabas de decirle es lo más estúpido que ha salido de tu boca. No sé por qué la fastidias; es la última vez que te lo digo Henry, vuelves a decirle algo como eso y yo misma te pateó el trasero—mientras la veía en modo mamá osa, llevaba bastante claro que estaba cayendo por esa niña—. Te he dicho mil veces que esa es la contextura de Ren, pero te encanta molestarla.

—Déjame recordarte que ella no es ninguna santa.

—No. Sé que también te fastidia, pero no debías decirle eso, menos delante de todos los chicos presentes. Es mejor que no le hablas, sabes perfectamente que no es la primera vez que pasa esto y también sabes muy bien lo que hay detrás—Henry lucía muy arrepentido, lo único que hizo fue asentir—. Ahora dame las llaves, ya regreso. Adiós, chicos y tú—dijo señalándome—no voy a olvidar lo que te prometí.

—¿Qué te ha prometido?

—No te metas, me voy.

—Para tener 14 años es un poco mandona—dijo Lucas.

—¿Un poco? Sacó el carácter de mi madre—y con ese comentario vimos como las chicas se alejaban. La segunda vez que Kim volvió lo hizo sin sus amigas y todos sabíamos el por qué; el humor de Henry decayó y ya no participaba mucho en las bromas.

Capítulo 8

Después de un poco más de platica, nos empezamos a despedir. Tino, Henry, Lucas y yo nos dirigimos hacia la avenida donde cada uno partía a su respectiva casa.

—Lo que le dije a Renata estuve muy feo, ¿cierto? —Henry sacó a relucir el tema.

—¿Muy feo? Eso es poco, avergonzaste a la pobre chica.

—Sí, hombre. Fue cruel.

—La verdad es que si estuvo mal. Tu hermana dijo que así es su contextura y me parece que tú la conoces más que todos nosotros. Deberías de saberlo.

—Lo sé, pero cuando se pone en plan listilla me saca de quicio y...

—Esa no es excusa. Además, tú empezaste a fastidiarla; la chica solo se defendía.

—Me siento como un idiota.

—No te sientas, lo eres.

—No ayudas, Tino.

—Es la verdad.

—Es que me preocupa que sea tan delgada y alta. Sinceramente no es mi tipo de mujer, la veo como una hermana. Conozco a todas esas listillas desde que Kim empezó el kínder. Lo que me preocupa es que tenga algún problema con la comida y este así de delgada.

—No lo creo, parece saludable. No toda la gente delgada tiene problemas con la comida.

—Hablando de delgados. Max, tú eres delgado, ¿es tu contextura? —no tenía idea de cómo surgió esa pregunta. Decidí ser sincero.

—No, era obeso y luego empecé a bajar de peso. Como saludable y hago ejercicio—eso era lo que yo mismo me decía frente al espejo cada día.

—No crees que estás un poquito muy delgado, Max. Digo, está bien que hayas bajado de peso, pero se te notan un poco los huesos—comentó Tino mirando fijamente mi cuello. Subí más la polera.

—Sonseras, estoy bien. Estoy en mi peso.

—¿Has ido al médico? —quiso saber Henry.

—Pensé que hablábamos de Renata.

—Sí, pero eres nuestro amigo. La verdad es que no te hemos visto en short o sin polera—Lucas puso una expresión pensativa.

—Soy algo friolento—empezaba a sentirme incómodo.

—¿En verano? Hace un calor del infierno Max...

—Déjalo estar Tino—él se encogió de hombros.

—Como quieras, solo creo que deberías ver a un doctor y seguir un plan para tu dieta. Aunque pienso que eres muy joven para seguir una.

—Ya párenle. Aquí el tema es la chica de Henry.

—Ren no es mi chica.

—Ahora que lo mencionas, dicen que los polos opuestos se atraen y tú y ella parecen llevarse la contraria—solté un bajo suspiro de alivio.

—Bobadas, Ren y yo nos conocemos bastante bien como para caer por el otro. Además, ella no es mi tipo de mujer y...

—Tu hermana dijo que sabias perfectamente la razón por la cual no debías fastidiarla.

—Es cierto, me atrevo a decir que no le eres indiferente a la niña.

—Tú mismo lo has dicho, es una niña.

—Cálmate anciano.

—Bueno chicos, me corto por acá. Nos vemos por ahí, cuídense.

Me despedí y fui directo a casa; me moría por un baño y unas buenas horas de sueño. Pero al pasar frente al espejo de mi habitación me vi con los brazos un poco anchos; esto debe ser producto de los bocaditos y la torta. Me agarré los sobrantes en mi estómago que solo existían en mi mente y me obligué a mí mismo a hacer una rutina rigurosa durante gran parte de la noche para quemar todas las calorías. Después de ello me di el baño y caí directo en la cama.

El tiempo transcurría y yo seguía con lo mismo, cada día. Un mes después fui invitado a la casa de Henry. Era su cumpleaños. Decidí ir, durante el tiempo que llevaba conociendo a Tino, Henry y Lucas sentía que empezaba a pertenecer a aquel grupo. No es que fuera totalmente abierto con ellos o contara los problemas de mi casa, pero el lazo de amistad se estaba fortaleciendo. Ya no solo nos reuníamos para jugar fútbol, también salíamos de vez en cuando por ahí y hasta hablábamos de chicas; aunque

yo no mucho, pues no tenía experiencia en el tema.

Algunas personas se sorprenderían de que un chico de 17 años aun sea virgen de labios e incluso del otro tipo de virginidad, y para ser sinceros a veces me sentía avergonzado. Había bajado de peso, era atractivo a la vista, algunas chicas se me insinuaban, pero yo no hacía nada. La única chica que me movía el piso era Kim, aunque tenía muy claro que esa niña no podía ser parte de mi vida, no con todo el peso sobre mis hombros.

Me vestí y me dirigí a la casa de Henry regalo en mano. Al igual que pasó con Tino, se notaba que su familia era afectuosa y unida. Saludé educadamente a sus padres, sus abuelos maternos y algunos de sus primos y a Henry. No vi a Kim por ningún lado. Henry también había invitado solo a sus amigos más cercanos, me sentí muy bien poder ser parte de ese grupo que él consideraba *amigos*. Me di cuenta que yo nunca había tenido amigos verdaderos antes de ellos; con los problemas en mi casa, con el bullying en mi colegio, era imposible. Pero con estos chicos había encontrado una verdadera amistad. Estuvieron ahí cuando más los necesité, me apoyaron, me brindaron cariño, protección. Se convirtieron en mis hermanos y como hermanos fueron mi soporte, aun cuando pensé en dejarme ir, cuando ya no encontraba nada por lo que luchar. Kim y ellos fueron los que me alentaron y me impulsaron a seguir.

Volviendo a la fiesta; saludé a los invitados, conocidos y desconocidos, también. Divisé a nuestro grupo y me dejé caer junto a Tino.

—¿Cómo van?

—Por fin llegas, estamos apostando algo.

—Y eso sería...

—Es sobre Henry—explicó Tino—. Está intentando mantenerse lo más alejado posible de Renata, ¿la recuerdas no?

—Claro que sí ¿Está aquí?

—Ella y las otras tres amigas de Kim. Salieron hace rato al jardín, pero Henry no deja de mirar hacia la puerta por la cual salieron y luce algo desesperado.

—¿Y eso que tiene que ver? —pregunté confundido.

—Cuando llegamos escuché como la madre de Henry le decía que no quería que se acerque a Renata durante la noche, que ya sabía lo que le había dicho a la chica y que preferiría que él no hablara con ella. Henry insistió en que solo quiere pedirle disculpas, pero su mamá le dijo que lo

deje estar

—Y la apuesta es...

—Lucas apostó 20 soles a que Henry va a ir a buscarla dentro de 15 minutos de los cuales ya pasaron 5. Yo apuesto a que va a intersectarla en cuanto tenga la oportunidad y no precisamente irá tras ella, así que debo estar atento.

—¿Y yo debo de apostar por uno de ustedes?

—Si quieres puedes unirme a alguno de nosotros o dar tu propia propuesta—aclaró Lucas.

—bien, déjenme pensar—miré a Henry y sí, se le notaba un tanto desesperado mirando a la puerta del jardín cada dos segundos, pero también noté la mirada que le daba su madre.

—Apuesto 20 a que Henry va a esperar hasta que la fiesta concluya.

—Vamos a tener que quedarnos hasta el final.

—Eso parece—en eso vimos aparecer a Kim junto a su grupo de amigas, se acercaron a nosotros y nos saludaron.

—Hola Max, pensé que no vendrías—saludó dejándose caer a mi lado en el largo sofá. Su pierna rozaba la mía y su mano había ido a parar a mi rodilla. Esa parte de mi cuerpo quemaba.

—Hola Kim y hola a ustedes.

—Oh que tonta soy. Ella es Antonia y ella es Monique—nos presentó—. Chicas este es Max, el más educado y callado de este grupo de insufribles.

—Oye que yo no te he hecho nada—se defendió Lucas.

—Ni yo—Tino le lanzó su mirada inocente.

—Seguro, pero Max me cae mejor.

—Eso es porque Max te gusta y nosotros, no—Kim se ruborizó y Renata se echó a reír.

—Lucas—advertí.

—No seas celoso Luki, eres guapo, pero no mi tipo—me sorprendió su declaración. Acaba de decir que yo era su tipo. Joder, empecé a sentir el

sudor bajar por mi columna como cada vez que me ponía nervioso. Intenté llevar la conversación hacia otro territorio.

—Y... ¿Cómo lo están pasando?

—En realidad no hay mucho que hacer y la mayoría de chicos de esta fiesta piensan que nos doblan la edad y que somos muy menores para dar una opinión certera—comentó Monique.

—Idiotas, se creen mejor solo porque nos llevan unos cuantos años. Pero no me sorprende que Henry se junte con esta gente.

—Ren.

—Ustedes no parecen ser igual que ellos, al menos yo me siento cómoda aquí.

Para Tino y para mí no pasaron desapercibidas dos cosas: Lucas estaba lanzándole miraditas y sonrisitas a la linda curvilínea que empezaba a sonrojarse y la otra, que Renata no dejaba de fulminar con la mirada a Henry y a la chica que en ese momento hablaba con él. Cuando Henry volteó la mirada hacia ella, Renata le volteó el rostro y se hizo de conversar muy alegremente con Monique.

—Entonces Max, ¿Cómo has estado?

—Bien.

—Voy a tener que hacer todas las preguntas yo sola.

—Lo siento. ¿Cómo has estado Kim?

—Muy bien. Agotada de la escuela, ya quiero que sean vacaciones porque iremos con mis amigas al Cañoncillo.

—Eso es en San Pedro, ¿verdad?

—¿Has estado allí?

—No, pero uno de mis primos fue con su enamorada y nos mandó algunas fotos del lugar.

—Es hermoso. Iremos por un par de días y luego estamos planeando más lugares a donde ir.

—¿Te gusta viajar?

—Me encanta y a ¿ti?

—La verdad es que sí—pero se sentía triste decirle que a los lugares a donde había ido fue con mis abuelos o primos. No con mis padres. Nunca en familia.

—Talvez puedas ir con nosotras. Mi hermano vendrá para cuidarme, talvez ustedes 4 puedan ir.

—No lo sé, debo preguntar a mi madre. Aun no soy del todo independiente—mentira, a mi madre ni siquiera le importaba. Ella solo me suministraba dinero y ya veía yo como sobrevivía.

La propuesta sonaba tentadora, pero primero tenía que consultarlo con la almohada y con los chicos.

—Por cierto, no he olvidado que te debo un regalo.

—Y yo te dije que no debidas molestarte. Además, no me imagino con qué dinero comprarías algo.

—Oye no me subestimes. Tengo ahorros, no solo de propinas, sino también de mis trabajos.

—¿Tus trabajos?

—Así es, este cerebritito no está ahí de adorno—sonreí ante sus réplicas.

—Y ¿puedo saber en que trabajas?

—Principalmente hago las tareas de las flojas de mi aula y de otras aulas, también. Cobro dependiendo del tiempo que me llevará y el grado de dificultad.

—Vaya vaya, ¿tus padres lo saben?

—¿Vas a decírselos?

—Te guardare el secreto.

—Mi héroe—y se acercó para darme un beso en la mejilla. Está chica era impresionante.

Capítulo 9

Sin darme cuenta el tiempo fue pasando y nosotros empezamos a hablar más. Formamos un grupo con ellas, alejándonos del bullicio. Cada momento que pasaba nos quedamos sorprendidos de sus maneras de

pensar, nada comparado con la mayoría de chicas de su edad. El ambiente era alegre y relajado, hasta que Henry se unió.

—Bueno chicos ha sido un placer pasar tiempo con ustedes, no tienen nada que ver con los demás chicos de esta fiesta, huecos e insensibles. Todo muy lindo, pero debo irme; se está haciendo algo tarde—Renata empezó a levantarse del asiento.

—Ren no seas así—protestó Antonia.

—Chicas ustedes pueden quedarse, estoy algo cansada.

—No tienes por qué irte Renata, sabes que papá puede dejarte en tu casa después, incluso yo puedo llevarte. Tus padres no se opondrán—le dijo Henry mirándola como si intentara leer su mente.

—Lo sé, pero tú padre va estar ocupado ayudando a tu mamá con la limpieza y tú...mejor me voy a casa.

—Puedes quedarte Ren, no es la primera vez que pasas la noche aquí—Kim intentó persuadirla.

—Nosotros nos quedaremos hasta el final, ayudaremos con la limpieza y todo. Si quieres podemos llevarte a tu casa en mancha—Tino también lo intentó.

—Ves...anda Ren quédate.

—Sino quiere, no le rueguen. No lo vale—soltó Henry en tono amargo.

—Henry—advirtió Kim.

—Si estas así porque me acabo de unir al grupo, pues lo siento. Son mis amigos y quiero pasar tiempo con ellos, no voy a moverme de aquí y sobre el otro día yo...

—Cállate la boca Henry...solo cállate. No te creas especial, si me quería ir era porque no quería ser una carga para alguien de tu familia—atacó ella con voz dolida. La furia de Henry desapareció.

—Renata—esta vez tenía una expresión de arrepentimiento.

—Te escuché y no te preocupes, no pienso volver a pedirte ningún favor por lo que me quede vida. Tú no eres nada mío, no te preocupes por mí.

—Eres amiga de mi hermana Renata, eres como...

—No, no me vengas con eso de que me consideras como tu hermana. Eres un idiota—una lágrima cayó por su mejilla. Henry intentó replicar.

—Chicos, basta. Están llamando la atención.

—Ren mejor vamos un rato al jardín. Ven, vamos.

Cuando las cuatro salieron y el ambiente volvió a ser relajado, los 3 miramos a Henry esperando una explicación.

—Mierda, la volví a joder con ella—se lamentó cayendo sobre el sofá.

—Nos explicas-

—Larga historia. Solo...Renata tiene problemas con la comida.

—¿La vomita?

—No, no es eso. Ella tiene algunos problemas en casa, sus padres no son los mejores y la descuidan un poco. La cuestión es que tiene problemas a la hora de ingerir los alimentos, el ambiente de su casa le dificulta la tarea. Escuche a Kim decir que esta acomplejada con su delgadez, quiere engordar y no puede. Y yo no he estado contribuyendo. El día que me comporté como un idiota, Renata había discutido con su madre sobre su delgadez. Su madre le dijo que, así como estaba de flacucha nadie la querría—y los comentarios de Henry no la habían ayudado—. Que a los hombres no les gusta agarrar hueso y que su altura tampoco la favorecía. Incluso la llevó al médico aludiendo que Renata es una anoréxica o bulímica, lo que no es.

—Vaya, eso sí que es feo, que tu propia madre te juzgue—soltó Lucas.

Me sentí identificado con Renata en ese momento, mi madre me había descuidado desde hace mucho y también me había juzgado, muy duramente. Estaba seguro de que podría soportar las críticas de los demás si mi madre hubiera estado conmigo, pero no. Ella fue participe de mi dolor, sus opiniones eran las que más dolían.

—Se refugia en tu familia—dije.

—Sí, en mi familia y en sus amigas. Todas tienen 14 años, pero no tienen idea de lo inteligentes y maduras que son. Se conocen desde siempre y se apoyan sin dudarlo.

—La cosa esta bien jodida, pero...disculpa que te diga esto; creo que no soy el único que piensa que hay algo pasando entre esa chica y

tú—comentó Lucas.

—Sí, eso es cierto. Se siente algo de tensión—asentí en acuerdo con Tino.

—Yo le gusto o le gustaba, eso es lo que ella dice. El año pasado le robé un pico por impulso y ella se ilusionó. Sin embargo, dos días después de eso me vio besándome con mi ex en el parque cerca de su casa.

—Así que le has dado su primer corazón roto.

—Diablos, ni siquiera fue mi culpa.

—si sabias lo que ella sentía por ti, no debiste ilusionarla.

—Fue un estúpido roce.

—Las chicas de su edad están en el pleno despertar de las hormonas, y sienten que el primer chico que les gusta es el indicado y será el padre de sus hijos y cursilerías—fue la experta opinión de Lucas.

—Kim no piensa así.

—Tú no estás en la mente de tu hermana.

—Como sea, desde ese día la relación con Renata no ha sido la misma. Nos fastidiamos, nos peleamos a veces, pero ella es distante. Como si lo que descubrió hubiera sido la peor de las traiciones de mi parte y a veces las peleas nos llevan a decirnos cosas feas como la de la vez pasada. Mamá quiere que me aleje porque dice que las chicas son difíciles, y está segura que con el tiempo Renata va a superar su enamoramiento por completo y volveremos a la normalidad. La verdad es que no le creo, ya llevamos 1 año así y con lo de ese día ella ni siquiera quiere estar en la misma habitación que yo. Y para coronar el pastel, ayer me escuchó decirle a Kim que era una carga, no solo para mi hermana sino también para nosotros. Que no teníamos porque carajos preocuparnos si no quería comer y seguir siendo una delgaducha insufrible.

—Joder, hombre—silbamos—. La has metido hasta el fondo.

—Lo sé, creo que nunca volveremos a ser los de antes. Pero, como si quiera pudo pensar que la vería distinto. Es la mejor amiga de mi hermana, tiene problemas y es una niña. Está prohibida.

Henry podía decir todo lo que quisiera, pero al ver la expresión que tenía cuando miraba a Renata, no parecía que ella le era indiferente. Seguí su mirada y lo vi, justo la expresión que estaba seguro yo tenía cuando miraba a su hermana, aunque yo disimulaba mejor. Y así como Henry se decía que Renata era prohibida, su hermana también lo era para mí. Claro

que por razones muy distintas.

Capítulo 10

El tiempo pasó y en un momento cuando giré el rostro, me encontré con la gran sonrisa de Kim quien me estaba haciendo señas para acercarme. Miré al grupo que estaba enfrascado en temas deportivos y aproveché la oportunidad de ir con ella.

—¿Me llamabas? ¿Renata está bien?

—Creo que llevó media hora intentando llamar tu atención, pero tú estabas muy ocupado repasándome fijamente—me sonrojé, intensamente.

—Mentirosa.

—Oh pero que lindo te sonrojas. Y sí, Renata está bien. Solo debemos mantenerla lejos de mi hermano. Pero volvamos a tu lindo sonrojo.

—¿Me has llamado para reírte?

—Nou, y aunque me encanta ver como una niña de 14, pronto a cumplir 15, te hace sonrojar tan tiernamente; la verdad es que te he llamado para darte algo.

—Bueno niña de 14 que pronto cumplirá 15, ¿Qué quieres darme?

—Un beso.

—¡¿Qué?! —exclamé sorprendido.

—Si solo vieras tu cara en este momento—soltó una carcajada que me llegó al pecho.

—No soy tu payaso, listilla—intenté mostrarme indignado.

—Ya en serio, ven quiero darte algo.

—Si tu hermano nos descubre va a matarme.

—Tranquilo, no voy a dejarte morir. No sin antes conseguir lo que quiero de ti.

—Ni siquiera voy a preguntar—empezó a tirar de mí por un pasillo y luego nos introdujo a una biblioteca.

—Espera aquí. No te muevas.

—Kim no creo que esto sea buena idea, si tus padres nos descubren...—salió del pasillo donde se había metido llevando una bolsa algo grande en sus manos.

—Toma es tuyo.

—¿Mío?

—Sí, te prometí un regalo recuerdas. Vamos ábrelo.

—Kimberly, tienes 14. No sé de donde puedes haber sacado dinero para comprar algo y yo te había dicho que no era necesario. Apenas nos conocemos, estoy seguro que no andas regalando regalos a los amigos de tu hermano.

—No, no lo hago. Eres especial. Ahora, acéptalo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tengo un buen presentimiento sobre ti. Y no te preocupes de donde saqué el dinero. Tampoco es que haya gastado una millonada en eso. Anda, ábrelo—dejando la bolsa sobre el sofá, saqué de él una polera Adidas en color negro.

Viéndola bien no tenía nada de especial más que ser original. Lo especial era que venía de ella y que se había tomado el trabajo de pensar en mí y en mis gustos. Aunque como siempre andaba con lo mismo, tampoco se le hizo muy difícil.

—No puedo aceptarlo, es original y sí, cuestan una millonada. No, no puedo aceptar esto—volví a meter la polera en la bolsa.

—¿En serio estas despreciando mi regalo?

—Kim.

—¿Tanta importancia tiene para ti el dinero?

—No, el dinero no tenía ninguna importancia para mí. Pero cuando creces en un hogar donde el dinero siempre fue y aun es lo más importante para las personas, a veces lo llegas a creer.

Mi padre habría priorizado el dinero, mi madre también. Mi hermano había quería dinero para irse de casa y le había robado una buena cantidad a mi madre antes de escaparse. Pero yo no era como ellos; tampoco podía negar que me gustaba usar buena ropa y darme gustos. La leche y las

galletas integrales que comía no eran baratas.

—No, no es eso. Pero no creo que a tus padres les guste saber que has gastado dinero en mí.

—Te conocen.

—Es la primera vez que vengo a tu casa.

—Henry habla de sus amigos de pichanga a menudo y yo le dije a mamá que eres tranquilo y buena onda. Además, le has caído muy bien.

—No es suficiente para que me compres algo.

—Bien—suspiró cansinamente—. En realidad, es un regalo de equipo. Los chicos querían darte algo y yo me uní a ellos.

—¿Y por qué ellos no están dándome el regalo contigo?

—Porque no quieren arruinar el momento donde me lanzo sobre ti.

—Eres muy atrevida, *pulpina*

—¿*Pulpina*?

—¿Has oído sobre la ley pulpín?

—sí y...tarado—dijo cuando cayó en cuenta del chiste.

—Aun no eres mayor de edad, también eres un *pulpín*.

—Lamento decir esto, pero estoy más cerca de los 18 que tú...*pulpina*.

—Bueno *Margarito* ¿vas a recibir el regalo o no? Si tienes dudas, puedes preguntarle a alguno de los chicos después. Yo me ofrecí a entregártelo y ellos aceptaron.

—Voy a creer en ti...esta vez—me preguntaba cómo podía estar actuando tan relajado alrededor de ella. Normalmente era tímido y callado, pero Kim era distinta. Ella era y aun es capaz de sacarme de mi zona de confort y sacar mi lado juguetón. Empecé a guardar la polera hasta que escuché.

—¿Puedes probártela? Quiero cerciorarme de que es tu talla—oh mierda, tenía vergüenza de que ella viera lo gordo que estaba. Por eso usaba este tipo de poleras, para disimular mi barriga.

—Eh...estoy seguro que me queda. Es de mi talla.

—Vamos, por favor. Pruébalo.

—Kim, es de mi talla. Me lo probaré en casa y si hay algún problema te lo digo. Además, llevamos bastante tiempo aquí, deben estar preguntando por nosotros.

—Si solo vas a probarte y ya. ¿acaso no llevas nada bajo la polera?

—Claro que llevo mi polo bajo la polera.

—Bien, entonces pruébala—me animó.

—Kim...ella puso cara de cachorrito—. De acuerdo.

Me saqué la polera lentamente, preparándome mentalmente para la mirada talvez reprobatoria que me daría al ver mi gordura, pero no fue el caso. Al contrario, cuando me quite la polera, sus ojos curiosos y sorprendidos vagaron por mi cuello, mis brazos y mis manos que era lo único que quedaba a la vista.

—Eh...bien...voy a probarme esto—me di la vuelta en un intento por ocultar mi timidez y cuando alcé mis brazos para meterme dentro de la polera escuché un jadeo por parte de ella.

Me di la vuelta inmediatamente encontrándola con las manos sobre su boca y una solitaria lagrima cayendo por su mejilla ¿Lloraba por mí? Fruncí el ceño y me puse la polera rápidamente.

—¿Pasa algo? ¿Sucede algo malo? ¿Por qué estas llorando? —ella negó efusivamente con la cabeza.

—No, no pasa nada. No estoy llorando, estoy bien.

—La lágrima deslizándose por tu mejilla cuenta otra historia—agarrando valor le hice la pregunta— ¿Te doy asco?

—¿Asco? —ella me miró como si tuviera 3 ojos— ¿De dónde sacas eso? Pero que dices Max, como si quiera puedes pensar eso—me miró indignada—. Estoy bien no pasa nada.

—Kim dime la verdad.

—Es la verdad, no te preocupes...solo...nada. Olvídalo, pensaba en lo alto que eres—y de pronto se acercó a mí y tomó mis manos.

Colocó sus palmas sobre las mías. Ambos miramos hacia abajo dándonos cuenta de lo pequeñas que eran sus manos en comparación con las mías. Deslizó sus dedos delicadamente sobre mis palmas y luego colocó sus manos sobre mis brazos, acariciándome a través de la polera como si yo fuera de cristal. Su expresión era triste.

—Te ves muy bien con la polera, te queda perfecta. Yo la elegí; los chicos querían regalarte un polo a juego con una bermuda, pero todos sabemos que eres más de buzos y poleras.

—Eh...es que yo tengo un poco de frío. A pesar de que es verano, soy algo friolento.

—Seguro...bueno ahora que ya vi que te luces muy guapo con esa polera, iré a ver a mis amigas. Te espero afuera—se puso de puntillas agarrándose de mis brazos y me dio un beso en la mejilla. Tras lo cual salió apresuradamente.

Miles de pensamientos vinieron a mi mente, el más demoledor de todos, pensar en que sí le había dado asco al ver lo gordo que aún estaba. Estaba seguro que ella pensó en encontrar a un chico atlético y aunque iba según yo por buen camino, aun me faltaba mucho por recorrer. Pero por más que hiciera ejercicio no podía intentar nada con Kim. Mi situación familiar era desastrosa; veía imposible que sus padres aceptaran una la relación de su hija con un chico que venía de una familia destruida. En ese momento para mí lo peor era mi familia; ni siquiera me había puesto a pensar el daño que yo mismo me estaba haciendo al no comer adecuadamente y matarme a base de ejercicio.

Capítulo 11

Volví a la fiesta un tanto apagado, agradecí a los chicos por el regalo quienes seguían debatiendo el tema de Renata. Cuando la cena fue servida, el miedo a engordar se hizo presente. Miraba fijamente el plato que habían puesto frente a mí; el cual consistía en una pechuga frita de pollo, una porción de arroz y ensalada blanca. Todo estaba bien, se parecía bastante a lo que comía, pero lo que me tenía alterado era la mayonesa que era parte de la ensalada y el vaso de gaseosa junto al plato.

—¿Nunca has comido pechuga de pollo? —y ahí estaba Kim de nuevo, sacándome de mis malos pensamientos.

—Sí, claro que sí. Solo me imaginaba que tan rica estará la ensalada.

—Créeme, es una delicia—hizo el gesto de chuparse los dedos—. Y no lo digo solo porque mi madre ha cocinado—tomó asiento junto a mí y la cena se dio por iniciada. Todos empezaron a entablar conversación ya sea de 2

o en grupo. Yo por mi parte me mantenía callado intentando pasar cada bocado.

—Tienes que acabarlo todo.

—¿Cómo?

—Mi madre es algo especial y para ella sería un total desaire si no te acabas el plato de comida. Mírala—los dos nos giramos a ver a su madre en la otra esquina de la mesa—. Ya está supervisando quien no está comiendo. Si no acabas, es muy seguro que no vuelves a pisar esta casa, al menos no para algún evento que amerite comer.

—Ósea jamás.

—Exacto—sonrió con suficiencia.

—Por qué será que siento que me estás mintiendo—y como si su madre hubiera percibido mi recelo a seguir comiendo apareció a nuestro lado.

—¿Pasa algo con la ensalada?

—No, está deliciosa. Justo se lo comentaba a Kim.

—Sí, mamá. Max está encantado con tu sazón y ha prometido acabárselo todo, ¿verdad?

—Yo...sí, claro.

La madre de Henry sonrió y se dirigió hacia su hijo quien estaba conversando amablemente con una trigueña de ojos marrones oscuros mientras de reojo le daba miradas a Renata, quien para mi sorpresa estaba enfrascada en una conversación con Tino. Incluso ella se sonrojaba y Tino hasta le había acariciado el brazo. Henry no lucía feliz.

—Sigue comiendo o mi madre vendrá a hacerte guardia—me recordó Kim. Así que volviendo a juntar valor seguí ingiriendo la cena.

—¿Qué es lo que comes generalmente?

—¿Cómo?

—Eres así de sordo—rodó los ojos—. Escuché que haces dieta. Así que no sé...quería saber que alimentos consumes regularmente—feliz de que se interesara más por mí, me planteé darle una buena impresión.

—Eh...bueno, galletas integrales, leche, ensaladas, pechugas de pollo,

verduras, frutas.

—¿Ninguna cosa que contenga fritura? Digo...los carbohidratos son necesarios para el cuerpo. En fin... ¿Cuándo fue la última vez que comiste pollo a la braza o siquiera una hamburguesa?

—Hace 9 meses.

—¿Qué? ¿Hablas en serio o es una broma? —negué con la cabeza sonriendo.

—Vaya, te cuidas bastante. Supongo que haces ejercicio, también.

—Sí, corro o hago ejercicios en casa. A veces voy al gimnasio.

—¿Cuántas veces corres a la semana?

—Cuando empecé corría 3 veces al día, ahora 2 o a veces 1. Depende de lo que coma.

—Supongo que dejaste de correr 3 veces porque ya habías bajado de peso.

—Sí, en parte y porque a veces no tengo ánimos—y me cansó rápidamente, pensé.

En ese momento me sentía bien contándole a Kim mi rutina de ejercicio y de alimentación. Sentía que por fin alguien me estaba prestando la suficiente atención y sobre todo me sentía libre de poder hablar con ella. Pero la realidad era que Kim estaba sonsacándome información para dársela a su mamá y a la vez hablar con un doctor; ella ya tenía alguna idea de lo que me pasaba y quería ayudarme, pero el proceso no fue nada fácil y yo tampoco era de mucha ayuda al principio.

Los días pasaron y mi vida seguía siendo casi la misma, con la excepción que pasaba más tiempo con los chicos, con Kim y sus amigas. Cada vez que nos encontrábamos en grupo, terminábamos en algún lugar comiendo helados o pizza o a veces terminábamos en la casa de alguno de ellos almorzando aménamente. Yo a menudo intentaba escapar de los almuerzos, pero Kim siempre lograba engatusarme para ir; era la única persona que lograba hacerme cambiar de opinión e ingerir comida sin pensar en los carbohidratos; al menos no en ese momento, porque cuando llegaba a casa la historia era diferente. Me mataba haciendo ejercicios para bajar de peso, obligaba a mi cuerpo a levantarme por las

mañanas e incluso a salir por las noches para correr.

Un sábado por la tarde las consecuencias de todo lo que había estaba haciendo con mi salud y mi cuerpo empezaron a manifestarse. Como ya se estaba haciendo costumbre, nos encontrábamos en la casa de Henry para jugar monopolio y luego ver películas. Como éramos 8, decidimos jugar en parejas. Tino con Monique, Henry con Antonia, pues Renata prefería jugar sola que con él; así que Lucas tuvo que sacrificarse y hacer pares con Renata. Y por último Kim y yo.

En el tiempo que llevábamos conociéndonos había logrado ir rompiendo cada una de las capas que cubría mi delicado corazón, metiéndose en mi mente y ayudándome con mi condición. Sin siquiera darme cuenta poco a poco había estado comiendo mejor, no preocupándome tanto por el peso, intentando ser normal. A veces se sentaba a mi lado y hablábamos sobre alimentos saludables o por qué era importante comer pan y consumir azúcar.

No perdía la oportunidad de llevarme a su casa para el almuerzo o la cena, a veces ya me daba vergüenza e inventaba alguna excusa. Y cuando me quedaba solo en casa, los pensamientos en mi mente se agitaban, volvían a recordarme que estaba gordo y que necesitaba ejercitarme. Y yo volvía a la rutina. Y Kim lo notaba, yo no engordaba; al contrario, había empezado a bajar más de peso. Evitaba el contacto físico con cualquier persona. En mi mente porque no quería que las personas sintieran la grasa acumulada en mi cuerpo. En la realidad, yo me estaba quedando en los huesos, las costillas se me marcaban, el hueso de la columna también, mi rostro había empezado a chuparse más. Cada vez que mis amigos intentaban decir algo yo cambiaba de tema y ellos no insistían. Kim era distinta.

Era consciente de que todos sabían que algo pasaba entre nosotros; e incluso había esperado la amenaza de Henry sobre su hermana, pero él parecía muy tranquilo. Kim era una chica afectuosa con todos, pero siempre mantenía su distancia. Conmigo en cambio, no. Se acurrucaba conmigo, entrelazaba nuestras manos, me abrazaba e incluso me daba besos de despedida muy cerca de las comisuras de los labios. Todo en mí gritaba pedirle una oportunidad de estar juntos, pero no me atrevía. Me conformaba con esos pequeños momentos. Justo como aquel, sentados uno junto al otro; ella había entrelazado nuestras manos y estaba alegremente eligiendo la pieza que nos representaría.

Yo me encontraba recostado sobre sobre el brazo del sofá, estaba cansado. Desde el día anterior no me había sentido muy bien, había llamado a mi tía para ver que podía tomar para calmar el dolor de cabeza. Mi madre, como de costumbre, no estaba en casa y cuando la llamé para informarle mi estado, me dijo que estaba en algo importante y que la llamara después. Había comprado la pastilla que mi tía me dijo y había

guardado reposo en mi cama. Hasta escalofríos había tenido, pero no había quien me cuidara. Al despertarme desistí de ir a la casa de Henry, pero Kim insistió y últimamente no había podido negarle nada.

Ni bien llegué se había colgado como un pequeño mono de mi cuello para poder darme un beso en la mejilla; y luego al darse cuenta de la cara que traía, me había llevado con su madre para tomar unas pastillas y algo caliente. Me sentía muy bien entre ellos. Desde el principio su madre se había mostrado cariñosa y buena gente.

—¿Sigues sintiéndote mal? —preguntó Kim. Me negaba a abrir los ojos, los sentía pesados.

—Un poco—admití—. Seguro que con lo que me dio tu mamá se me pasa.

—¿Seguro? No debí insistir en que vinieras. Talvez te va a dar fiebre—sentí el contacto de su mano sobre mi frente y suspiré ante las suaves caricias que daba por mi rostro. Cuando abrí los ojos, nuestras miradas chocaron y dejé que las yemas de mis dedos vagaran por su brazo.

—Es una cosa estúpida enfermarse en verano—me lamenté.

—Lo sé, Ren también es propensa a enfermarse en verano. Talvez no consumes suficiente cítrico, debes comer naranjas.

—Son muy dulces—para ese tiempo ya había dejado de comer frutas.

—Pero es dulce natural. Además, no es como si vas a comerte 5 cada día.

—Estaré bien.

—¿Por qué no vas y te recuestas en uno de los dormitorios? Te despertaré para la película.

—No voy a dejarte a merced de estos tramposos.

—Gracias por cuidar mi espalda, pero en serio creo que debes descansar.

—Estaré bien. Voy al baño.

Me levanté con cuidado, todo me dolía. Me sentía como si hubiera sido golpeado con un mazo y todos mis huesos estuvieran partidos.

—¿Estás bien, Max?

—Sí, solo iré a lavarme la cara. Ya vuelvo.

Y mientras caminaba por el pasillo hacia el baño sentí un mareo, me quedé parado en el sitio mientras todo a mi alrededor daba vueltas. Intenté cogerme de la repisa más cercana, pero mi vista empezó a nublarse. Mi cuerpo empezó a tambalearse y de pronto todo estaba oscuro.

Capítulo 12

Me desperté en una camilla de hospital, con un parche sobre la frente y un brazo enyesado. A mi alrededor se encontraba la madre Kim junto a un tipo alto y trejo, el doctor supuse. Ambos con expresiones preocupadas en sus rostros.

—¿Qué me pasó? —fue lo primero que salió de mi boca al tocarme el brazo.

—Sufriste una caída. Te desmayaste y al caer tu frente chocó contra el borde de la repisa y tu peso cayó sobre tu brazo derecho.

—¿Tan fuerte fue para que se me haya fracturado?

—Hay algo más detrás de ello—el doctor me miró con pena.

—Max logramos localizar a tu madre y ella está por venir. El doctor no puede adelantarte nada aún. Eres menor de edad y es necesario que ella esté presente—llevaba mucho tiempo cuidándome a mí mismo, eres mi propio adulto responsable. Suspiré cansinamente; ni siquiera quería ver la expresión enojada de mi madre.

—¿Por qué no puede decírmelo a mí? Estoy pronto a cumplir los 18, no veo cual sea la diferencia. Dígame que pastillas debo tomar y que instrucciones debo seguir. Mi madre debe estar ocupada en el trabajo.

—Chico, no solo es la fractura en tu brazo o el golpe en tu frente. Hay algo que tu madre necesita saber y necesita ser tratado con urgencia. Es algo delicado.

—¿Delicado? —lo miré confundido—. Muchas personas se fracturan, no veo que es lo especial. Yo...

—Hijo, no te apresures. Solo espera un poco, ella está en camino—volví a suspirar, empecé a acariciar mi brazo y en eso caí en la cuenta que no llevaba mi polera. Miré hacia abajo para encontrarme envuelto en una casaca con cierre de color verde. Fruncí el ceño.

—¿Qué pasó con mi polera?

—Tuvimos que cortarla para poder revisarte. La tuvimos que...—en eso mi madre apareció.

—Max, Max. ¿Dónde estás?

—¿Mamá? —ella entró en el pequeño espacio donde me encontraba tendido, miró directo a mi brazo.

—¿Se puede saber qué te pasó?

—Mamá, estaba...

—Señora, soy el doctor Becerra—saludó el doctor—. Su hijo es mi paciente.

—¿Qué le pasó?

—Sufrió una caída, se golpeó la frente y se fracturó el brazo. Afortunadamente todo está bajo control, hemos curado su herida y enyesamos su brazo. Después de 2 meses aproximadamente se la quitaremos.

—Bien. No se preocupe, compraremos las medicinas y todo lo necesario para que esté bien cuidado en casa. Ahora, si eso es todo, ya nos vamos. Max, avanza—ella empezó a dirigirse a la salida.

—Señora, eso no es todo. Hay algo más.

—¿Hay más? —suspiró cansinamente. Ni siquiera había devuelto el saludo del doctor—. Pero si solo ha sido una fractura y un golpe, es joven, va a sanar rápido—se notaba su prisa.

—No se trata de la fractura o el golpe...

—¿De qué se trata entonces?

—Señora Esperanza—el doctor se dirigió a la madre de Kim—. Gracias por estar aquí. Si me permite debo hablar esto con mi paciente y su madre. Mi madre no siquiera reparó en los padres de Kim. No le importó.

—De acuerdo. Cualquier cosa, por favor, no dude en avisarme. Max los chicos y yo estaremos afuera esperándote—le di un leve asentimiento un tanto preocupado por las l%2